



LLEVAMOS UNA BUENA NOTICIA EN EL CORAZÓN

El Evangelio de los domingos en las escuelas Franciscanas Ana Mogas

El testimonio fundamental de la Pascua que nos transmiten los apóstoles es “**Jesús vive**”. Y su testimonio deja claro que están hablando de Jesús, el que vivió con ellos, el que ha sido condenado a muerte y ha muerto en la cruz: **Aquel a quien “vosotros matasteis” vive entre nosotros**. Se nos hace presente y nos precede en nuestros caminos.

Los evangelios nos anuncian este mensaje de dos formas, con los relatos del sepulcro vacío, como leíamos el domingo de Pascua y con las apariciones, auténticas catequesis, que iremos escuchando los demás domingos del tiempo pascual.

El descubrimiento de esta presencia amorosa y cercana del Señor Jesús vivo a nuestro lado es lo que cambió la vida de los apóstoles y lo que puede cambiar la nuestra. Es un descubrimiento progresivo, que se va abriendo paso en nosotros por la acción del Espíritu, pero que requiere que nos pongamos en camino, que abramos nuestros ojos y nuestro corazón para los muchos signos de su presencia que se nos conceden.



Domingo 3º de Pascua

Lucas 24,13-35

Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén.

Ese primer día de semana se refiere al día de la resurrección, el mismo en el que unas mujeres habían vuelto del sepulcro y los discípulos se habían inquietado con su testimonio. El mismo en el que Pedro había descubierto el sepulcro vacío y se quedó asombrado, pero no creyó por lo que había visto. Era un día intenso en el que en Jerusalén se vivieron experiencias hondas.

Dos discípulos se alejaron de allí hacia Emaús, que estaba a unos 11 kilómetros de Jerusalén. El evangelio de Lucas empieza en el templo de Jerusalén, con la manifestación de Dios a Zacarías y acaba diciéndonos que los discípulos estaban continuamente en el templo bendiciendo a Dios. Jerusalén no es sólo un lugar geográfico, para Lucas es un símbolo lleno de densidad teológica. También los discípulos de Emaús salen de Jerusalén y vuelven a ella, en un viaje de gran hondura espiritual.

Iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

No era una conversación normal. Lucas usa un verbo que significa también “lanzar flechas”. Es decir, discuten acaloradamente, no dialogan. Sus ojos “estaban retenidos”, es decir, ellos no tenían la culpa de no poder reconocer a Jesús porque había algo que se lo impedía.

Él les dijo: « ¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?» Ellos se detuvieron entristecidos. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó: « ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días?»

Los dos discípulos caminaban y discutían y cuando oyeron la voz de ese forastero que se había puesto a caminar con ellos se detuvieron y expresaron su dolor. ¿Cómo se sentirían al ver que la esperanza que habían puesto en Jesús se había desvanecido? ¿Cómo podían explicar a ese desconocido lo que había sucedido? Y, sobre todo ¿cómo explicarle lo que estaba ocurriendo en sus corazones? Tenían una profunda sensación de fracaso; además, todos los que habían vivido de cerca la muerte de Jesús tenían miedo por lo que pudiera ocurrir, sabían que los romanos buscaban siempre a los amigos y familiares de los reos para perseguirlos...

¿Por dónde podían empezar a contarle al desconocido lo que les ocurría? ¿Cómo podían asumir el escándalo de la cruz?

Él les preguntó: « ¿Qué?» Ellos le contestaron: «Lo de Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace dos días que sucedió esto.

Le cuentan a Jesús lo que saben sobre Él. Se lo presentan como un profeta poderoso al que habían matado los judíos, no dicen que era el hijo de Dios, no se manifiestan como creyentes sino como decepcionados. Curiosamente Lucas no nombra a los romanos. No pone el acento en la muerte de un compatriota, de un inocente, sino que recoge la amargura de quienes se quedaron sin libertador de Israel. ¿Quién les libraré de la opresión de los romanos ahora?

Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado: pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo.

El testimonio de las mujeres está expresado con una palabra que se traduce por “*cuento*” o por “*palabras delirantes*”. Muy propio de aquella cultura y mentalidad en la que el testimonio de una mujer no servía para nada, aunque hubiera presenciado un acontecimiento.

Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron.»

Anteriormente se nos había dicho que Pedro se levantó y corrió al sepulcro, pero solo vio las vendas y no creyó. “A él no lo vieron” nos recuerda el evangelio del domingo pasado, a Tomás. Solo los que han visto a Jesús creen en Él. Sólo el encuentro personal con Jesús y la comunidad ayudaron a despertar la fe. Los signos que rodearon esos encuentros unas veces ayudaron y otras fueron obstáculo.

Entonces Jesús les dijo: « ¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?» Y comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura.

Jesús se presenta como un estupendo catequista que ayuda a despertar la fe de estos discípulos que no podían por sí mismos ver ni comprender quien era Jesús. El texto desmonta la imagen de un Mesías político, triunfador, guerrero, que era la esperanza de muchos judíos. Padecer y compadecerse, forma parte de la esencia del Mesías, pero ellos eran incapaces de comprenderlo.

La frase “*Era necesario que el mesías padeciera esto para entrar en la gloria*” es el núcleo del texto de hoy, es la clave que permite comprender el sentido de las Escrituras y el papel de Jesús en medio de la revelación. Hablar de Jesús, sin aceptar el escándalo de la cruz y sin

hablar de la resurrección, nos convertiría en necios y torpes, como llamó Jesús a esos discípulos.

Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída.» Y entró para quedarse con ellos.

Hay indicios que hacen pensar que este texto de los discípulos se refiere a un matrimonio. Primero: por el hecho de que se nombre a una de las dos personas (un varón) y a la otra no (la mujer), como era costumbre en Israel. Algo similar ha ocurrido durante mucho tiempo en España, se decía: han venido el señor Pérez y señora (para referirse a su esposa). Segundo: porque ofrecen su casa para que se quede con ellos, muy propio de un matrimonio



que ofrece hospitalidad en su hogar al llegar al lugar donde viven. Apremiaron a Jesús a quedarse con ellos porque las leyes de hospitalidad de ese tiempo decían que debías invitar a tu casa a quien encontrabas por el camino, si habíais recorrido juntos un trecho, el invitado debía declinar la invitación y los anfitriones insistir, sólo entonces aceptaba el caminante la invitación. Tercero: porque una discusión tan apasionada es muy propia de una pareja que ha puesto su confianza en alguien y con el fracaso llegan los reproches de uno a otro. Ahí quedan las sugerencias.

Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio.

Bendecir, partir, repartir... Estamos ante un texto catequético y litúrgico, que en las primeras comunidades evocaba inmediatamente la eucaristía, a la que llamaban **partir el Pan**. Lo que iba a ser un encuentro cordial, compartiendo el pan y la palabra se comprende como una Eucaristía en la que se comparte el Pan y la Palabra. El peso del texto ya no es una narración sino una catequesis sobre dónde encontrar a Jesús resucitado y cómo dar testimonio de ese encuentro.

A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció.

Se les abrieron los ojos. El texto nos decía que estaban imposibilitados para reconocerle, ahora no son ellos los que abren los ojos, sino que nos remite a alguien que se los abre. La fe es un don y cuando se les ha avivado ya no es necesaria la presencia física de Jesús. Cuando ha hecho falta, Jesús se ha acercado, ahora ya no es necesaria su presencia y desaparece. Ellos ya pueden vivir con el fuego de la fe.

Ellos comentaron: « ¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»

Un corazón que estaba entristecido y desesperanzado ha sido tocado y transformado con el fuego de la Palabra. El cambio es tan profundo que necesitan salir corriendo para dar testimonio ante la comunidad de lo que han experimentado. La catequesis que han recibido sobre la escritura ha hecho su efecto: un corazón transformado dinamiza toda su persona y les impulsa a salir corriendo a compartir con la comunidad de Jerusalén lo que han visto y oído. Anochecía cuando se sentaron a cenar. Ahora es realmente de noche y andar por los caminos es inseguro. Pero dentro están llenos de luz y necesitan compartirlo con su comunidad en Jerusalén. Merece la pena el viaje.

Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.» Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Pedro no creyó cuando vio el sepulcro vacío, creyó cuando Jesús se le apareció. La comunidad de Jerusalén tuvo diversas experiencias que les ayudaron a superar el escándalo de la cruz y vivir con el dinamismo de la resurrección. Cuando compartían sus testimonios, el fuego de la fe se reavivaba en toda la comunidad.

Todo el texto es una preciosa catequesis para enseñar a las comunidades que, en la lectura de la escritura y en la eucaristía se vivían auténticos encuentros con Jesús resucitado, tan valiosos como los que pudieron tener quienes le vieron tras la resurrección, porque Jesús caminaba a su lado. Como les había prometido, no les había abandonado.

Pistas para acoger la Palabra

1. Personalmente

Escuchamos y acogemos el evangelio de este domingo, en silencio y con calma.

- ¿Qué nos dice este texto de nuestra propia vida?
- ¿Cuántas veces hemos caminado desilusionados y tristes a nuestros “Emaús”?
- ¿Cuándo hemos sido conscientes de que el Señor caminaba a nuestro lado?
- ¿En qué o en quién le hemos reconocido?
- ¿Cómo ha repercutido en nuestra vida? ...

En definitiva, lo que cambia nuestra vida es el encuentro con Jesús. ¿Cómo cuidamos y estamos atentos a estos encuentros? ¿Cómo ayudamos a nuestros alumnos a vivir estas experiencias de encuentro? ¿Cómo lo hacemos este año en las circunstancias especiales que estamos viviendo?

Podemos terminar pidiendo al Señor que siga saliendo a nuestro encuentro y abra siempre nuestros ojos y nuestros corazones. Si nos ayuda podemos escuchar una de estas canciones:

https://www.youtube.com/watch?v=m5ccE_tpH3w&feature=youtu.be Camino de Emaús. Íbamos dos

<https://www.youtube.com/watch?v=kgEZCRps1cs> “Nuestros Emaús” Salomé Arricibita

2. En la clase

En este enlace encontrareis sugerencias y abundante material para trabajar este evangelio con los niños de diferentes edades:

https://docs.google.com/presentation/d/1Wum2zXqzoQffi3drOrNslhNEF5jn99ZngZ9zEX8Dw_w/edit?usp=sharing

3. En la familia

- ✓ Después de leer el texto y sus comentarios podemos dialogar sobre lo que más nos ha sorprendido, lo que no entendemos, lo que más nos ha gustado...
- ✓ Podemos reflexionar y compartir, en estos días que estamos viviendo, ¿qué cosas nos desilusionan y ponen tristes en familia? ¿Cómo unimos la esperanza de la vida nueva que triunfa en Jesús y las malas noticias que continuamente escuchamos? ¿Qué nos respondemos a nosotros mismo? ¿Cómo lo hablamos con nuestros hijos?
- ✓ Hoy, como siempre, hay muchos signos que nos ayudan a descubrir la presencia de Jesús caminando a nuestro lado. Es bueno que los nombremos y nos ayudemos a reconocerlos. Son todos aquellos gestos, palabras y acciones en las que el amor y la vida superan el sufrimiento y la muerte: la ayuda del sanitario o el voluntario que pone en riesgo su vida para hacernos sentir mejor, las llamadas de los amigos para hacernos sentir que están cerca...
- ✓ Terminamos siempre con una oración, esta o cualquier otra, pidiendo al Señor que siga caminando a nuestra lado, al lado de nuestra familia y nos ayude a reconocerle

*Señor, necesitamos que salgas a nuestro encuentro,
que acompañes nuestro caminar.*

*Enséñanos a esperar contra toda esperanza,
a saber que los hombres somos injustos,*

*y pese a ello seguir luchando por la justicia.
A saber que somos egoístas y seguir luchando por el amor.*

*A ver que el mundo está acumulando en estos días mucho sufrimiento
y a pesar de eso, confiar en tu Palabra y mantener la esperanza.
A seguir caminando unidos a los demás
a pesar de “mantener la distancia”
A no rendirnos aunque sigamos sintiéndonos amenazados y confundidos.*

*Apoyados en el convencimiento de que Tú eres el compañero de camino,
Apoyados en nuestra fe que te reconoce como nuestro Dios y Señor,
el que pasando por la muerte
vive para siempre y permanece a nuestro lado. Amén*